

REVISTA LITERARIA

PERIÓDICO DECENAL

DIRECTOR: D. LUIS GABALDÓN CAMPOY

REDACCIÓN: CORREDERA 62, BAJO



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

LORCA, TRIMESTRE 2 PTAS.
FUERA, » 2'50 »

PRECIOS DE VENTA

NÚMERO SUELTO, 0'30 PTAS.
IDEM ATRASADO, 0'50 »

SUMARIO

Pequeñeces, por D. Juan J. Menduñía.—Hojas caídas, por D. Enrique Jodar.—Los alquimistas, por D. G. Perán.—El Héroe anónimo, por D. Domingo Plazas.—El collar de amatistas, por D. Simón Mellado.—Amorosa, por D. Alfonso Espejo.—A la memoria de mi padre, por D. J. López Barnés.—Mesa revuelta.

PEQUEÑECES

FRUTA DEL TIEMPO.—CRISTÓBAL BAYONAS.—
SAN JUAN Y SAN PEDRO.

Me dá mucha vergüenza confesarlo, francamente, muchísima vergüenza; porque siempre duele y disgusta que el público se entere de que se ha tenido un mal pensamiento; y yo, que soy temeroso de Dios y de *el qué dirán*, estoy verdaderamente afijido, lleno de tribulaciones y de escrúpulos, en vista de la idea pecaminosa que ha cruzado por mi cerebro como cruza el relámpago por los cielos, iluminando el horizonte con resplandores siniestros.

Y hé aquí el caso: Esta mañana serian las ocho y media, dormía yo en mi *mullido lecho* tranquilamente, soñando ¡quién sabe lo que soñaba? quizás alegrías y felicidades, cuando de pronto, una voz sonó en mis

oídos, como deberá sonar en los de los pecadores, la trompeta del Apocalipsis, el día tremendo del Juicio final. Me estremecí; mis ojos se entreabrieron lentamente, cual si un peso enorme gravitara sobre los párpados; quise incorporarme, lo intenté, pero mi cabeza cayó sobre la almohada con languidez abrumadora; volví á cerrar los soñolientos ojos, y en aquél enervamiento plácido, en aquél dulce sopor, hubiese continuado no sé hasta cuando, sumergido en ese tibio baño del espíritu que dá laxitud reparadora al cuerpo, y al alma fresca vivificante. Pero sonó de nuevo la misma voz clara y distinta, y escuché la palabra !Original! Entonces fué, entonces me asaltó el pecaminoso deseo, el mal pensamiento. ¡Original! barbotaron mis labios entorpecidos por la modorra, ¡Original!—si el importuno se hubiera roto una pierna al venir, no me molestaría—dijo allá, en mis adentros, una voz infame. ¡Horror! Declaro mi delito; me entrego á la reprobación de los lectores; la conciencia me acusa, y espero, el castigo, resignado. Mas ¡ay! ¡misericordia para este pecador arrepentido! Una circunstancia, sino exhimente, por lo menos atenuante, debo exponer para fundamentar mi defensa y aminorar la pena. Ahora que el calor debilita todas las energías, que esteriliza todas las actividades, que ordena la quietud y el reposo consoladores, ahora en que todo se agosta, ¿qué extraño es que yo,